

Cultura del trabajo y organización obrera en Gijón en el cambio de siglo

Angeles Barrio Alonso

Universidad de Cantabria

El término cultura obrera supone para el historiador enfrentarse a un doble problema. Por un lado, el derivado del carácter polisémico del término cultura, que obliga a innumerables puntualizaciones sobre el sentido específico de su utilización en el discurso y, por otro, el de establecer los límites aproximados de la realidad social sobre la que se aplica. Precizando, en este sentido, cabría decir que algunos comportamientos o, incluso, ciertos mecanismos de repetición de conductas imbuidas por mimesis o por tradición entre los trabajadores industriales urbanos, que se desarrollan en el ámbito de unas comunidades ya sean urbanas, periurbanas o rurales pero, que están directamente en relación con el mundo laboral, con sus leyes y sus imposiciones, constituyen una cultura del trabajo en sentido amplio, que abarcaría desde la conciencia individual de la asalarización hasta el desarrollo de una mentalidad colectiva manifestada en multitud de comportamientos sociales y de actitudes políticas.

Podríamos hablar también, en el sentido restringido del universo de valores del trabajador, de una cultura de la organización, como peldaño de una cultura de la acción colectiva que, si bien relacionada con las organizaciones obreras -tanto partidos como sindicatos- presenta, sin embargo, ciertos indicios de pertenencia a los fundamentos de la acción social en la que se basa y, en consecuencia, mucho más "social" su naturaleza que la de los partidos y sindicatos organizados aunque, finalmente, ambas, como modalidades de ac-

ción colectiva, se inserten en muchos casos sobre la acción de los partidos y de los sindicatos de clase¹.

Las formas diversas que tuvo esa acción colectiva de manifestarse en nuestro país desde el siglo pasado suelen estudiarse, por ello, como los orígenes causales, como los precedentes más o menos remotos en que se gestaron las organizaciones obreras y, más específicamente, los sindicatos. Pero los fundamentos de esa acción colectiva que se organiza progresivamente en formas diversas, radicales, arcaizantes, combativas y militantes en el contexto económico, jurídico e institucional en que se desarrollaron, no son en sí mismos fundamentos exclusivos de las formaciones sindicales, sino en último extremo, agentes de un proceso que termina por coincidir. De ahí el interés que puede representar el análisis de un tipo de comportamientos que se superponen en unos casos o que divergen, en otros, con el proceso de formación de las organizaciones obreras.

Los ámbitos locales o regionales son, desde hace algún tiempo, el marco considerado idóneo para este tipo de análisis. En Asturias el proceso es conocido: de una sociedad tradicional emerge poco a poco a lo largo del siglo XIX la nueva sociedad industrial, crece la población obrera y se localiza en áreas bien determinadas, los núcleos urbanos duplican y triplican sus cifras de población, los paisajes tradicionales desaparecen y, en su lugar, en todo el área central de la región, aparecen los paisajes mineros e industriales característicos. A finales del XIX hay en Asturias una burguesía industrial cuyos perfiles como grupo social están tan claramente definidos como los de un proletariado industrial que se localiza en las villas mineras e industriales del interior y en Gijón, la ciudad portuaria por excelencia. Ese proletariado industrial característico de Gijón no presentaba como grupo social rasgos homogéneos. Sus comportamientos y hábitos en la esfera de la comunidad o sus actividades políticas no eran las mismas: autóctonos y emigrados, artesanos y pescadores, especialistas y peones o menestrales y obreros mixtos, vivían, trabajaban y se relacionaban en el mismo espacio urbano pero en esferas diferentes.

Los conflictos, las huelgas en las fábricas, en las minas o en el puerto, los motines o las protestas callejeras fueron manifestaciones de una sociedad cambiante ante la que no todos los grupos sociales tenían las mismas oportu-

¹ Sobre la acción colectiva véase, además de los clásicos de J.R. COMMONS, *The Economics of Collective Action*. Chicago, 1973, de G. RUDE, *The Crowd in History*. New York, 1964, de N.J. SMELSER, *Theory of Collective Behaviour*. New York, 1963 o de E.P. THOMPSON, *La formación de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832*. Barcelona, 1977 (London, 1963), L.A. TILLY and Ch. TILLY (eds.), *Class Conflict and Collective Action*. 1981, R. HARDIN, *Collective Action*. Baltimore, 1983 o C. CALHOUN, *The Question of Class Struggle*. Chicago, 1982.

nidades para incorporarse. La respuesta de los más desfavorecidos tomó en muchas ocasiones formas radicales propias de comunidades tradicionales. Algunas de ellas terminarían por incorporarse a la acción sindical, integradas en la propaganda del anarquismo, imbricadas en la acción directa como expresión de un tipo de acción colectiva sin intermediarios.

1. De la sociedad tradicional a la sociedad industrial: Gijón a finales del XIX

El apego al terruño, el respeto a la tradición o la resistencia a la proletarianización fueron rasgos característicos atribuidos al obrero asturiano desde mediados del XIX. Ya fuese trabajador mixto en la minería o en la industria, antiguo colono convertido al peonaje, mareante y pescador expulsado de su actividad por la crisis progresiva de la pesca de bajura o artesano reacio a integrarse en la estructura fabril, fue visto siempre con desconfianza por el empresario por su baja productividad, por su indolencia proverbial y por su resistencia a la disciplina del trabajo industrial. Esa situación persistió durante años porque la formación de la clase obrera en Asturias fue un proceso muy lento. El hecho de que la minería del carbón fuese durante las primeras épocas el eje exclusivo de la industrialización y que la localización de los yacimientos en los valles centrales y el tipo de explotación permitiera contratar mano de obra autóctona, condicionó el perfil del minero asturiano como obrero mixto que combinaba las tareas del minifundio con el trabajo asalariado. Ni la minería del carbón en esas primeras etapas, ni la metalurgia, algo después, como factores de transformación llegaron, sin embargo, a absorber la mano de obra expulsada de la agricultura y, en buena medida, la emigración de población campesina, hombres principalmente, a América fue una constante a lo largo del siglo XIX que no dejó de crecer durante los primeros años de este siglo².

Las primeras explotaciones mineras apenas produjeron cambios en la fisonomía de la región y sólo algunas instalaciones industriales llegaron a significar modificaciones en los ámbitos urbanos ya constituidos como Oviedo y Gijón o en el crecimiento de algunas aldeas como La Felguera. Las villas, tanto las costeras como las del interior, y sus parroquias circundantes mantuvieron prácticamente invariable su estructura y modos de vida tradicionales

² Sobre la industrialización véase G. OJEDA, *Asturias en la industrialización española 1833-1907*. Madrid, 1985. Sobre los mineros véase G. SANTULLANO, *Historia de la minería*. Salinas, 1978 y A. SHUBERT, *Hacia la revolución: orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias. 1860-1934*. Barcelona, 1984. Sobre la emigración véase G. OJEDA y J.L. SAN MIGUEL, *Campesinos, emigrantes, indios*. Salinas, 1985.

durante años y sólo algunas se vieron afectadas por las industrias transformadoras -especialmente la metalurgia que en el último tercio del siglo XIX era ya el segundo eje de la industrialización- que desplazaron progresivamente a ciertas actividades como la pesca y la manufactura. El caso del crecimiento de Gijón es representativo de la transformación de una antigua villa marinera en la mayor ciudad industrial de la provincia: convertido su puerto pesquero en el puerto comercial asturiano por excelencia, su tráfico que dependía no únicamente del carbón sino de una gran variedad de embarques y desembarques, alimentó a partir de 1880 a una próspera burguesía de negocios enriquecida con los fletes y estimuló la implantación de una serie de actividades industriales que se superpusieron a su tradición manufacturera.

En 1880 Gijón era la mayor ciudad industrial del Principado y a partir de entonces conservaría prácticamente invariable una estructura fabril muy irregular con un sinfín de pequeñas fábricas, talleres de tamaño medio y empresas de tipo familiar junto a unas pocas grandes fábricas que constituían una red industrial y comercial relativamente densa en dependencia estrecha con el puerto. Entre ellas destacaba, además de la Fábrica de Tabacos que había sido la primera industria de cierta entidad instalada a principios del XIX, la Fábrica de Moreda, una de las tres grandes siderúrgicas de Asturias, especializada, finalmente, en la trefilería cuya fisonomía formó parte desde finales del XIX del paisaje de la ciudad³. Su crecimiento espacial, ininterrumpido desde entonces con la incorporación de nuevos espacios urbanos e industriales, la densificación de su trama urbana y los cambios subsiguientes en el poblamiento y en la estructura de población la situaron a distancia de otros núcleos más pequeños como Avilés, San Esteban de Pravia, Mieres, Sama, La Felguera, Trubia... y sólo Oviedo como capital administrativa con un pequeño cinturón industrial en el que, además de la Fábrica de Armas, destacaban algunas fundiciones y una especialización creciente en actividades terciarias, llegó a concentrar un volumen de población similar⁴.

A partir de los años 80 había en Asturias una población obrera suficientemente numerosa como para diferenciarse de los labriegos propietarios -por

3 R.M. ALVARGONZALEZ, *Gijón. Industrialización y crecimiento urbano*. Salinas, 1977.

4 Las puntualizaciones conceptuales planteadas por E.E. LAMPARD en "The Nature of Urbanization" en D. FRASER, D. and A. SUTCLIFFE (eds.), *The Pursuit of Urban History*. London, 1983, son muy útiles para los procesos de urbanización en la época contemporánea. Asimismo lo son los datos ofrecidos por G. LUNA RODRIGO, en "La población urbana en España. 1860-1930" en *Ciudades de España siglos XVI-XX* publicado en el *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*. Marzo, 1988. Sobre Asturias véase J. GARCIA FERNANDEZ, *Sociedad y organización del espacio en Asturias*. Gijón, 1980. G. MORALES MATOS, *Industria y espacio urbano en Avilés*. Gijón, 1982. A. FERNANDEZ GARCIA, *Langreo: industria, población y desarrollo urbano*. Oviedo, 1980. E. MURCIA, *Las villas costeras en el sistema urbano asturiano*. Gijón, 1980.

más que éstos no gozasen, precisamente, de una alta calidad de vida-, de los arrendatarios y colonos (aunque muchos de ellos se habían asalariado en la industria o en la minería), del mismo modo que eran patentes las diferencias entre todos estos y los pescadores de las villas costeras -incluida Gijón, donde un sector de su población padecía directamente la crisis aguda de aquella actividad tradicional- y, a su vez, entre todo este conjunto diverso y los propietarios rentistas, empresarios, comerciantes, empleados, funcionarios y profesionales de las ciudades. Así se ponía de manifiesto en el Informe hecho por la Comisión de Reformas Sociales en 1884 en la provincia de Oviedo⁵. La llegada de inmigrantes de otras regiones próximas, principalmente del norte de la Meseta, se produjo algo después y de manera muy diferente a como se había producido la absorción del artesanado en el sistema de trabajo industrial o la incorporación de los campesinos a las fábricas o a la minería⁶.

A una industrialización lenta en sus primeras etapas correspondió un proceso de urbanización lento, igualmente, aunque haya notables diferencias en el crecimiento de unos y otros núcleos y las transformaciones sociales no fueron aceleradas sino que, por el contrario, parece que hubo resistencia por parte del obrero mixto a la proletarianización, no sólo en la minería, sino también en la industria. Una producción industrial muy variada, como en el caso de Gijón, pero relativamente dependiente de la metalurgia, en donde proliferaban empresas que absorbían en mayor medida para sus plantillas peonaje y mano de obra no especializada, encontraba su mercado de trabajo en campesinos y colonos de las parroquias limítrofes. Las posibilidades de aprendizaje de los oficios especializados y mejor retribuidos eran bastante limitadas para estos obreros mixtos que seguían dependiendo de las explotaciones familiares características de la zona.

Muchos hábitos y costumbres tradicionales propios de las sociedades agrarias se combinaron con los modos de vida urbanos y hasta bien entrado el siglo no hubo un grupo social caracterizado propiamente como proletariado urbano; los efectos de los cambios producidos en la estructura social tradicional con la aparición de comportamientos diferentes, la integración progresiva de la población inmigrada y su acomodación a otras formas de vida, la ruptura de viejos modelos de relación o las expectativas de movilidad social de ciertas capas al amparo de las coyunturas favorables fueron elementos característicos de un proceso lento, en ningún caso anterior a este siglo, que comportaba la

5 Ver Reformas Sociales, *Información oral y escrita practicada por la Comisión de Reformas Sociales*.

6 Sobre población véase la síntesis de C. CRIADO HERNANDEZ y R. PEREZ GONZALEZ, *Notas sobre la dinámica y la estructura de la población en Asturias (1857-1970)*. Oviedo, 1975.

desaparición de los rasgos más significativos de la vieja sociedad tradicional progresivamente sustituidos por otros nuevos y cuyas claves escapan a una explicación en términos únicamente económicos, políticos o ideológicos.

2. Las ideas de progreso de los republicanos frente a las de emancipación de los socialistas

La escasa incidencia de la Internacional española entre los obreros asturianos, reacios a organizarse, parecen estar en relación con los factores apuntados porque ya en los años 80 la influencia del republicanismo entre las clases populares en Oviedo y en Gijón estaba fuera de toda duda. La prensa más leída en el Casino Obrero de Oviedo era la republicana -*El Liberal, El Porvenir, La República, y Las Dominicales del Libre Pensamiento*, y una de las obras más consultadas de su biblioteca era la *Historia de las clases trabajadoras* de Fernando Garrido. Los asiduos al Ateneo Casino Obrero de Gijón, trabajadores manuales principalmente, lectores mucho más interesados en la literatura política que en la de recreo, eran partidarios declarados del republicanismo federal⁷. Esto era el resultado de las campañas de propaganda de los partidos republicanos locales, especialmente de los federales, en favor de la causa obrera. El órgano de los coalicionistas de Gijón, *El Grito del Pueblo*⁸, había planteado en repetidas ocasiones que la solución de algunas cuestiones sociales candentes pasaba por un determinado desarrollo del puerto y una activación de los negocios a través de la gestión armoniosa de aquella previsible prosperidad económica por parte de empresarios e instituciones locales que redundaría en beneficio de todas las clases sociales atenuando las desigualdades. El control de la alcaldía, de la Junta del puerto y de la Cámara de Comercio estaba en los planes que los federales tenían en Gijón para desarrollar su proyecto de paz social. Sus campañas para las municipales iban en ese sentido en pugna con los conservadores cuyos objetivos de control de las instituciones locales eran idénticos.

Los socialistas erraron al elegir a los mineros como destinatarios de sus primeras campañas de propaganda en Asturias. El primer grupo socialista llegó en 1891 y fracasó rotundamente. Encabezado por Eduardo Varela, con un largo historial de militancia en la Agrupación de La Arboleda, y Francisco Cadavieco, su dedicación y entusiasmo, encargado Varela personalmente por Pablo Iglesias de poner en marcha en Asturias un plan similar al que años

7 Ver Reformas Sociales, *Información oral y escrita*. Provincia de Oviedo. Memoria de la Comisión. Tomo V. págs. 395 y 440-442.

8 Véase *El Grito del Pueblo*. Órgano del Comité Republicano Federal Coalicionista de Gijón. 1887-88.

antes habían desarrollado con los mineros vizcaínos, no fueron suficientes para contrarrestar la indiferencia de los mineros asturianos. Cadavieco, por su parte, se dirigió a Gijón donde se empleó como cargador en los muelles del puerto. Allí logró que sus compañeros de oficio crearan la primera sociedad conocida, "La Cantábrica", de peones de muelle, no por casualidad ya que en el puerto aún no habían desaparecido los últimos vestigios de las viejas tradiciones gremiales.

Ubicado en la dársena de Gijón, hasta que funcionó El Musel, el puerto era un lugar propicio para los negocios: el aumento constante de los fletes desde 1880 en un puerto de poco calado y con una pequeña línea de atraque, había creado unas condiciones muy especiales para el enriquecimiento de consignatarios, agentes de aduanas y armadores. A finales de siglo el sistema de trabajo de los antiguos propietarios de veleros o vapores que compartían con el capitán del buque la gestión y la comercialización de las mercancías había entrado en crisis mientras que las sociedades comanditarias y anónimas habían sustituido a las viejas empresas de tipo familiar. Los nuevos armadores aprovecharon al máximo las circunstancias favorables que se ofrecían para el negocio de la comercialización del mineral vinculándose los que pudieron a los grandes capitales del carbón a cuya sombra habían ampliado su flota⁹. Cuando Cadavieco llegó a Gijón los muelles eran un mercado de carga y descarga en el que ni la contrata ni la tarifa estaban fijadas de antemano y que dependía directamente de la oferta y la demanda, tenía que interesarse por las ventajas defensivas de la asociación, cuyos lazos de solidaridad no eran desconocidos. La nueva fórmula de asociación de oficio y de resistencia que permitiría intervenir con más fuerza en el mercado de trabajo no podían dejar de ser un estímulo para los peones que a diario competían en los muelles organizados en cuadrillas para la contrata. La sociedad representaba la posibilidad de defender el derecho al trabajo de acuerdo a un reparto y a unas tarifas establecidas no sólo por los armadores sino por la propia sociedad que recuperaba en parte la tradición aún arraigada en todos los oficios del puerto.

"La Cantábrica" fue la primera sociedad que funcionó, a pesar de su intermitencia, durante años en Gijón con el mismo nombre y la única que sobrevivió a otras pequeñas sociedades de oficios creadas en la misma época que se reunían en un centro obrero, el primero que hubo en Gijón, habilitado para ello en la sede la Agrupación Socialista¹⁰. Pero en ningún caso formaron estos

9 Ver R. ALVARGONZALEZ, *Industria y espacio portuario en Gijón*. Gijón, 1985. págs. 234-238.

10 *El Socialista*, Madrid 10-IV-1891 y 18-XI-1891. Sobre los primeros socialistas en Asturias véase A. SÁBORIT, *Asturias y sus hombres*. Toulouse, 1964.

primeros balbucesos societarios un núcleo estable para los socialistas que se enfrentaron repetidamente con los federales en distintas "controversias públicas", según la expresión de la época, en defensa del tipo de organización que proponían como alternativa a lo que ellos denominaban "demagogia federal" en una clara alusión al programa de 1894¹¹. A esas controversias se sumaron poco después los anarquistas porque por esos mismos años un tal Ignacio Martín, procedente de Barcelona, entró a trabajar como metalúrgico en la Fábrica de Moreda donde se empleó a fondo en la divulgación de los principios anarquistas¹². Martín tuvo poco tiempo para desarrollar su labor porque fue expulsado de la fábrica de Moreda y obligado a abandonar la ciudad por orden gubernativa bajo los cargos de agitador profesional poco después de haber llegado a Gijón.

Las expectativas de los socialistas fracasaron con los mineros y no llegaron a cuajar con los obreros de Gijón. Las de los anarquistas -si es que efectivamente hubo un plan trazado desde Barcelona para introducir a los obreros asturianos en los círculos libertarios- no se consolidaron ni mucho menos en el primer intento. Los socialistas utilizaron la figura de Martín, especialmente Manuel Vigil, antiguo trabajador de la Fábrica de Moreda, cuando era ya presidente la Federación Socialista Asturiana, como coartada para justificar su fracaso en Gijón a costa de la rivalidad de los anarquistas¹³. Cuando trasladaron en 1897 a Oviedo su centro de actividades y la redacción de su órgano *La Aurora Social* era porque Gijón no ofrecía posibilidades para ampliar su campo. Pero la tesis de la rivalidad, aunque no puede negarse que existieron rivalidades manifiestas en los distritos electorales en donde los republicanos, que se habían enfrentado antes con los conservadores, tenían que competir con los socialistas en las candidaturas, carecía de fundamento en esos años porque no había anarquistas con quienes disputar ninguna cota de organización, entre otras razones porque no llegaban -según sus propias fuentes- a media docena y porque aún no habían pasado la fase "conspirativa" de las tertulias en las trastiendas a la fase activa de la organización para introducirse en las nuevas formas de acción colectiva. Las claves del éxito de los republicanos, sin embargo, estaban en la propia estructura social que les ofrecía una clientela casi segura entre las clases populares urbanas, asiduas a las conferencias, bibliote-

11 Sobre los enfrentamientos en los mítines electorales y algunos comentarios de los resultados electorales véase *El Socialista*. Madrid, 18-XI-1892, 24-III-1893, 24-III-1894, 15-VI-1894, 26-IV-1895 y 15-IV-1898. Véase J. GIRON GARROTE, *Elecciones y partidos políticos en Asturias (1890-1936)*. Tesis doctoral inédita. Oviedo, 1981. Véase también F. CANEL DE LA SECADES, *Representación asturiana, administrativa y política desde 1808 a 1915*. Oviedo, 1915-16.

12 Las noticias sobre Martín en una serie firmada por Manuel VIGIL en *El Socialista* titulada "Notas para la historia del movimiento obrero" en *El Socialista*. Madrid, 22-III-1901.

13 *El Socialista*, Madrid, 1-II-1901.

cas y actividades culturales de sus centros. Los círculos de trabajadores en torno al republicanismo estaban articulados más que por elementos de ideología, por simples vínculos de afinidades personales propias del tipo de comunidad que representaban los núcleos urbanos asturianos en estos años, más sólidos de lo que se imaginaban aquellos propagandistas foráneos y, en consecuencia, mucho más importantes para penetrar en el universo de los obreros y captar su atención.

Por lo que respecta a la organización los socialistas proponían las sociedades de resistencia como instrumento al servicio de sus intereses pero fueron, finalmente, los anarquistas quienes recibieron en herencia y sin dificultad el patrimonio de los federales que representaba, por un lado, un tipo de cultura específica en la que encajó a la perfección la cultura libertaria que se desarrolló con posterioridad y, por otro, un tipo de acción colectiva aún no identificable con las propuestas orgánicas o doctrinales de socialistas o de anarquistas y cuyos fundamentos estaban más cerca de una tradición gremial, cohesiva y de defensa exclusiva de intereses del oficio, como corresponde a una concepción del trabajo en la que se excluía el sometimiento a la disciplina del sistema productivo y que, por tanto, sólo admitía la transacción directa con jefes, patronos, poderes o representantes del poder.

3. La sociedad de oficio al servicio de la acción colectiva organizada

A lo largo del XIX las manifestaciones del descontento popular en Asturias no habían estado exentas de violencia. En Gijón había habido motines contra los impuestos de consumos, conatos de rebelión contra el abuso de autoridad de algunos representantes institucionales, huelgas de diferente magnitud que como en las cuencas mineras habían incluido sabotajes, en rebeldía por las condiciones de trabajo o por las restricciones en el pago de jornales, expresión relativamente frecuente de la presión que las clases populares trataba de ejercer contra el poder, ya fuese del Estado, de los patronos o de las instituciones. La acción organizada que representaba la naciente organización obrera a través de las primeras sociedades de oficio creadas muy cerca de fin de siglo recogió la tradición de la acción colectiva tal como se había practicado por la comunidad tradicional y quedó inscrita en la embrionaria acción sindical que representaron las etapas societarias de principios de siglo.

Los objetivos de resistencia de las sociedades de oficio estaban lejos de los programas políticos de republicanos y de socialistas y eran claramente de-

fensivos: la lucha por la jornada de ocho horas, los aumentos de salario, la supresión de los destajos, la intervención en el reparto del mercado de trabajo, etc. fueron reivindicaciones societarias en todas las huelgas y conflictos planteados en esos años del cambio de siglo y no sólo porque los trabajadores fuesen conscientes de las perspectivas de enriquecimiento rápido en ciertos sectores del empresariado y guiados por la idea del reparto de beneficios exigiesen mejoras laborales y aumentos de salario, sino también porque querían intervenir en las leyes del trabajo, objetivos evidentes en la creación de algunas sociedades y en la revitalización de otras que hasta entonces habían llevado una existencia lánguida.

La eclosión de una nueva etapa societaria entre 1899 y 1901 coincidía con una coyuntura favorable en Gijón y con una ampliación del mercado de trabajo en diversos sectores. A medida que surgían nuevas sociedades, se dictaban los reglamentos, se ponía en práctica la solidaridad y se controlaban los horarios de trabajo, las contrataciones en determinadas fábricas, etc., se extendía la idea de que la acción directa, esto es, la huelga, era la expresión genuina de la capacidad de presión colectiva. La huelga era la reivindicación y la protesta pero las sociedades tenían que controlar las reglas del juego: el establecimiento de reglamentos internos, la designación de sus comités o juntas directivas, sus comisiones de control, etc., hasta conseguir una cierta disciplina orgánica. La autonomía que daba a cada sociedad unas bases arbitrarias de representatividad asamblearia fue notable y los reglamentos fueron, por lo general, aceptados unánimemente por los socios y, más aún, erigidos en reglamento de carácter normativo, del mismo modo que se aceptaron, pese a algunas resistencias, las comisiones de control o el hecho de que la gestión económica fuera llevada al céntimo, en una tarea que recuperaba algunos aspectos corporativos característicos de la tradición gremial¹⁴.

El intervencionismo escrupuloso que pretendían llevar a cabo las sociedades fue interpretado como una vuelta atrás, como una posición francamente conservadora, no sólo por los devotos de la libertad de mercado, sino por quienes, además de entender que las sociedades de oficios podían representar una amenaza para sus intereses, consideraban aquellos intentos de intervención por la vía de la presión de una acción organizada una verdadera negación del progreso social.

El periodista republicano Valdés Prida se preguntaba qué ganaban los obreros con aquel reglamento «casi tan riguroso como el código de justicia

¹⁴ Véase este proceso más ampliamente tratado en A. BARRIO ALONSO, *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias. 1890-1936*. Madrid, 1988.

militar» que impedía trabajar después de las cinco de la tarde a los obreros de los oficios que disfrutaban de las ocho horas y que obligaba al pago de una multa de 25 pesetas al que fuera descubierto violando aquella conquista sagrada o, en último extremo, a la expulsión de la sociedad si no satisfacía la multa¹⁵. En las ideas de paz social del republicanismo con sus concepciones de un desarrollo armónico integrado por todas las clases sociales y un mundo del trabajo regido por la racionalidad de la colaboración entre obreros y patronos y no por el conflicto, no encajaba aquella posición autónoma de los obreros que atentos a sus intereses exclusivos se desentendían deliberadamente de toda responsabilidad en el mundo del trabajo que no fuera derivada de su condición de asalariados.

El reglamento significaba para las sociedades una garantía en el cumplimiento de sus objetivos porque las comisiones de control tenían una doble misión: por un lado, impedían que el reglamento fuese contravenido por los socios reacios a aceptarlo y, por otro, aspiraban a mantener los salarios vigentes en el oficio libres de la competencia que suponía una mano de obra foránea, no asociada, más barata. Cada sociedad constituida aspiraba a ser para sus socios un respaldo y una garantía frente a los no asociados, excluidos de sus ventajas y todas aquellas que lograban una pequeña intervención en el mercado de trabajo hacían muy difícil la contratación libre a los no asociados.

Las sociedades de canteros, albañiles, mamposteros, carpinteros, pintores, cerrajeros, carreteros, y cargadores del puerto de Gijón plantearon en 1900 la jornada de ocho horas y la consiguieron amparados en la organización de oficio y sin conflictos graves. Su triunfo no era casual: la coyuntura era favorable porque la construcción crecía y había trabajado para todos, albañiles y peones y no sólo para los especialistas de oficios de tradición. En el puerto los cargadores trataron de aprovechar también la circunstancia y la jornada de ocho horas se convirtió a partir de entonces en un auténtico símbolo de las conquistas societarias y fue la bandera de otras reivindicaciones que desembocaron en huelgas en diferentes oficios. Los empresarios renuentes a aceptar las imposiciones de las sociedades sobre las ocho horas adujeron, ante la amenaza de huelga, en unos casos razones de dura competencia para sus productos en el mercado nacional, de productividad escasa en su establecimiento o, incluso, en otros, de limitaciones financieras y crediticias para afrontar sin riesgo cambios en la organización del trabajo.

Descubierta como un arma poderosa, la huelga no excluía, sin embargo, la posibilidad de acuerdos con los patronos en los que las sociedades pusieron

15 Ver J. VALDES PRIDA, *El Avance*. Gijón, 23-V-1900.

en práctica su capacidad de negociación haciendo valer sus propias propuestas y ganando parcelas en la intervención y en el reparto del trabajo. Cuando las sociedades se enfrentaron a empresarios como los pequeños armadores, contratistas de obras, almacenistas, fabricantes y comerciantes con empresas de tipo familiar, en ocasiones, no fue necesario recurrir a la huelga. Distinta fue la situación de las sociedades que reclamaron a las medianas y grandes empresas la jornada de ocho horas y los aumentos salariales porque pronto pudieron comprobar que la amenaza de huelga no era en absoluto suficiente ni para satisfacer sus reivindicaciones ni para obligar a las empresas a negociar.

Ante las presiones societarias, muchos medianos y pequeños empresarios decidieron agruparse. Pensada originariamente para funcionar de acuerdo a tres secciones, puerto, construcción e industria en general, la Agrupación Patronal de Gijón ponía de relieve las grandes diferencias entre el empresario y la existencia de una serie de problemas específicos en el puerto. En el otoño de 1900, después de iniciados los trámites para constituirse como grupo, y tras las primeras reuniones, aunque el ambiente no era contrario a la asociación, sólo los empresarios del puerto estaban dispuestos a avanzar en la organización por la urgencia de los problemas en su sector y detener los ímpetus reivindicadores de las sociedades del puerto. Los cambios que habían experimentado algunas empresas fueron decisivos para ello. "La Cantábrica" que había logrado intervenir en los muelles haciendo valer ciertas tradiciones que respetaban algunos antiguos armadores había perdido su ventaja frente a los nuevos para quienes las sociedades ejercían una tiranía inexplicable ante la que no estaban dispuestos a ceder un milímetro de poder.

La eficacia de la acción colectiva organizada a través de la huelga no resultaba ya suficiente para aquellas pequeñas sociedades de oficio. La radicalización como táctica de combate tenía que ir acompañada de un cambio en la orientación, a través de una estructura orgánica reforzada con apoyos externos, con la posibilidad de acciones coordinadas, con la ruptura del aislamiento y el gremialismo de corte local. El proyecto de constitución de una Federación de Sociedades Obreras, tomando como referencia la propaganda llegada de afuera, ocupó durante algunos meses a las sociedades pero la Federación fue sólo un proyecto que no llegó a traspasar las fases de discusión del reglamento por el que habría de regirse. El origen del conflicto no fue ni su finalidad ni la formulación de sus objetivos generales porque el horizonte de emancipación que trazaban y la mejora de las condiciones de trabajo y de vida eran máximas indiscutibles en toda organización obrera pero esta aceptación unánime de los principios generales no fue fácil de alcanzar a la hora de

discutir los medios para conseguirlas. La mayoría societaria estaba de acuerdo en que el medio por excelencia era la huelga. La huelga representaba una opción colectiva que las sociedades habían practicado con éxito y, en ese sentido, además de un extraordinario valor simbólico, era una auténtica definición programática del tipo de acción que se pretendía poner en práctica. Así pues las discusiones en las sociedades y entre sus representantes en la comisión encargada de redactar un proyecto de reglamento federativo fueron discusiones sobre aspectos muy concretos que, sin embargo, tenían una trascendencia mayor de la que se les reconocía. El debate sobre la huelga llevaba implícita otra cuestión no menos importante para activar la polémica: qué tipo de huelga. La huelga "reglamentaria" era sinónimo de acatamiento de la disciplina impuesta por la Unión General de Trabajadores para todas las sociedades que estaban federadas en ella y que contribuían a ella con sus cuotas. La acción directa representaba la alternativa al "reglamentarismo" ugetista. En las sociedades de mayoría socialista no se aceptaba la acción directa y se defendía la idea de respaldo ofrecido por una organización más fuerte y de carácter nacional como era UGT en el caso de conflictos y de huelgas. Frente a las presiones de los socialistas, los anarquistas que ya habían ingresado en la organización, sostuvieron que la libertad y la autonomía societaria eran suficientes para ejercer la acción directa en su forma genuina: la huelga.

A los socialistas les resultaba sospechoso el interés que los anarquistas manifestaban por los temas organizativos, "ellos" -se quejaba Manuel Vigil- «que se habían pronunciado contra toda ley y contra toda autoridad, se sometieron a los reglamentos y a las Juntas Directivas, unos sin saber lo que hacían, y otros para hacer daño»¹⁶. No aceptaban los socialistas el cambio que había experimentado el anarquismo desde que había ido abandonando las tácticas individualistas por la progresiva integración en la organización obrera y no podían explicárselo más que en términos de absoluta desconfianza cuando, como este caso, estaba en juego la posibilidad de controlar la organización societaria de Gijón haciendo viable el proyecto federativo, orientándolo hacia la Unión General de Trabajadores. El cambio de actitud de los anarquistas significaba además un planteamiento muy diferente de su propaganda. El anarquismo individualista de los 80 había desaparecido sustituido por un anarquismo más interesado en la acción colectiva en el que se advertía la influencia de las teorías del sindicalismo revolucionario y de la huelga general y que aumentaba su capacidad de captación sobre los trabajadores cada vez que el

16 *El Socialista*. Madrid, 12-IV-1901.

movimiento societario, en donde se hallaba integrado y al que dirigía su propaganda, exigía una cierta radicalización reivindicativa.

De ahí que la discusión sobre las aspiraciones orgánicas y tácticas del movimiento societario de Gijón se alargara durante algunos meses entre descalificaciones mutuas, recelos e insultos, ahogando el proyecto de Federación inicial¹⁷. Aunque la propaganda societaria de socialistas y anarquistas era en sí misma muy parecida cuando trataba de estimular la organización proponiendo a los obreros un futuro de emancipación y de mejoras progresivas, el tratamiento de algunos aspectos de gestión y organización y, principalmente, los medios de acción presentaba diferencias que se hacían más palpables cuando de la propaganda se pasaba a la actividad "política" de las sociedades, ya fuesen huelgas, gestión de los fondos de solidaridad, relaciones con otras sociedades, etc. Las opciones que, en último extremo, tomó el sujeto colectivo que representaban las sociedades obreras no fueron producto del azar. A principios de siglo las sociedades de oficio eran ya un precedente de los futuros sindicatos, luchaban por su reconocimiento como agentes de intervención en las relaciones laborales, a pesar de que sus deficiencias orgánicas estructurales y su debilidad no les permitían más representatividad social que la derivada de la presión y la huelga y, en ese sentido, el movimiento societario se desarrolló en el marco reducido que la legislación de la época permitía y, en consecuencia, trató de desbordar sus límites tantas veces como fue posible. Cada huelga, cada conflicto era un pulso con los representantes de las burguesías locales, con los representantes de las instituciones o del Estado. La dinámica del conflicto parece haber sido más determinante en ese proceso de formación sindical que las doctrinas o las ideologías, sin restar en absoluto importancia al papel que tuvieron los líderes socialistas y anarquistas que supieron conducir hacia su propio terreno los intereses del sujeto colectivo desideologizado, en su mayoría, que formaba la base societaria.

4. Las respuestas colectivas al conflicto: de la huelga defensiva a la huelga general

El paso de la acción colectiva espontánea a la acción organizada que representó el proceso de transición de los tipos arcaicos de organización de oficio hacia formas sindicales de acción y de organización, tuvo lugar a lo largo del cambio de siglo y no estuvo exento de radicalismo. Las huelgas que

¹⁷ Véase el proceso de discusión del reglamento en el *Suplemento a la Revista Blanca*. Madrid, 12-V-1900 hasta, al menos el 7-IX-1900, sucesivamente.

se produjeron en el puerto de Gijón son exponente de un tipo de conflicto en el que se conjugaban elementos del viejo sistema gremial de acción colectiva con otros aspectos derivados de la propaganda de la huelga general y de las teorías del sindicalismo revolucionario. El puerto fue en diversas ocasiones el escenario del choque entre los intereses de obreros y armadores, de discrepancias obreras sobre la gestión del propio conflicto y de los enfrentamientos entre organizaciones obreras, patronal e instituciones, expresión de tensiones profundas que no simplifican la explicación del conflicto que en 1901 desembocó en una huelga general en Gijón.

Las pretensiones de "La Cantábrica" que fue quien inició la huelga eran las de conseguir la jornada de ocho horas e intervenir en el sistema de la libre contratación que ejercían los armadores. Los peones presentaron a las casas consignatarias que trabajaban en el puerto de Gijón una tabla de reivindicaciones en la que se detallaban las nuevas tarifas de carga que "La Cantábrica" tenía previsto poner en vigor y el plazo que estaban dispuestos a mantener para firmar los acuerdos. Las nuevas tarifas se acompañaban de la exigencia de que la jornada máxima en los muelles fuese de ocho horas y que, en ningún caso, las empresas contratasen peones no asociados a "La Cantábrica" por jornadas superiores. En caso de no haber acuerdo la sociedad de cargadores iría a la huelga.

Las reivindicaciones fueron dirigidas al armador Emilio Olavarría, titular de la empresa del mismo nombre, propietario de una de las flotas mayores del puerto de Gijón y que ejercía como presidente de la patronal. Pero ni Olavarría ni las empresas contestaron a "La Cantábrica" en el plazo previsto y, en consecuencia, a primeros de enero, los cargadores iniciaron la huelga de "brazos caídos" que provocó los primeros contratiempos en los embarques y desembarques. Días más tarde se sumaron al paro los carreteros, dispuestos como los de "La Cantábrica" a exigir la intervención en su propio mercado de trabajo trastocado por la entrada en los muelles de una serie de empresas que estaban expulsando a los viejos carreteros incapaces de competir; después, fueron los mozos de almacén que por solidaridad secundaron la huelga y, en apenas dos semanas, "La Cantábrica" vió cubiertos sus objetivos de bloquear el tráfico en el puerto.

Emilio Olavarría, como representante de los armadores y para salvaguardar los intereses de sus propios barcos decidió contratar peones por su cuenta y como no encontró en Gijón optó por viajar personalmente a Castilla donde reclutó varias decenas de braceros. Los "esquirolas" fueron recibidos en la misma estación por grupos de huelguistas lo que provocó ya los primeros

enfrentamientos. Algunos de ellos, al parecer ignorantes de la situación, prefirieron regresar a su lugar de origen con el dinero que los huelguistas les ofrecieron de sus propios fondos de resistencia mientras que otros decidían quedarse y trabajar en las condiciones que el presidente de la patronal les ofrecía. Mientras que estuvieron en Gijón los castellanos no pisaron la ciudad. Escoltados de día por la fuerza pública en los muelles, pasaban la noche en un vapor anclado en alta mar -el "Cifuentes", de la flota de Olavarría- preparado especialmente para aquella ocasión.

Emilio Olavarría era hijo de Oscar Olavarría, un emigrante vasco empleado en la fábrica de Duro en La Felguera que en torno a 1860 y merced a algunos contactos de los que logró avales crediticios fundó la naviera Olavarría explotando vapores que llevaban carbón a Bilbao y volvían al puerto de Gijón con mineral de hierro. Sin experiencia alguna en el oficio de los fletes Olavarría se convirtió, sin embargo, en el prototipo de los nuevos empresarios del puerto. En los años 90 su empresa que había crecido muy rápidamente bajo el amparo de otros capitales del carbón más fuertes se había situado entre las principales del país de tamaño medio¹⁸. Emilio Olavarría, como segunda generación, representaba a una empresa consolidada cuyo crecimiento, sin embargo, tenía que enfrentarse a la competencia de otras empresas mientras que las deficiencias del puerto amenazaban con estrangular las posibilidades económicas del tráfico de mineral. El joven Olavarría que se declaraba conocedor de los problemas del mundo del trabajo e interesado por la sociología, se consideraba un empresario progresista. Unas declaraciones suyas a favor de un cierto "socialismo" que fueron publicadas en la prensa local exacerbaron aún más los ánimos de los huelguistas con quienes tenía que enfrentarse a diario en los muelles y ello no sin riesgos para sus propios intereses. La estiba, la carga o el recogido de cabos eran faenas que exigían una fuerza y una destreza que no tenían los peones traídos de la Meseta y la acumulación de mercancías almacenadas en el puerto era la principal amenaza añadida al problema de los conflictivos embarques y desembarques que se hacían entre los abucheos e insultos de los huelguistas. Mientras hubo "esquiroles" en los muelles hubo enfrentamientos hasta el punto de que Olavarría los recorría sin atreverse a bajar del coche.

La huelga, sin embargo, porque afectaba a toda la región comenzaba a suscitar un intranquilidad creciente en distintos círculos políticos de la que se hacía eco la prensa asturiana sugiriendo diversas propuestas de acuerdo entre armadores y huelguistas para normalizar el tráfico del puerto. Pero los intere-

¹⁸ Ver *Gijón y la Exposición de 1899*. Gijón, 1899.

ses eran grandes y los armadores no se mostraban proclives a la negociación y sus posiciones eran claras en los aspectos del tipo de contrata. Negociar sobre esas bases las tarifas o las plantillas carecía de sentido, máxime cuando desde los círculos patronales se hizo correr el rumor de que declararían el "lock-out" si los huelguistas persistían en su actividad. La amenaza patronal del cierre fue interpretada como una provocación y, como respuesta desesperada al desafío de hacer de las reivindicaciones de "La Cantábrica" papel mojado, los portavoces societarios anunciaron su intención de responder con la huelga general. Tras muchas discusiones la huelga general fue votada en asamblea y aprobada por una diferencia muy escasa. Los socialistas, los únicos que se había encargado de hacer pública su oposición enérgica a la huelga general, se desentendieron desde ese momento de la marcha del conflicto que desembocó en un paro total.

La dudosa mayoría que había sancionado la huelga general se impuso y las fábricas, talleres y establecimientos comerciales permanecieron cerrados durante varias semanas. Durante ese tiempo la actividad económica quedó paralizada por completo en Gijón, no llegaron ni salieron los trenes y los barcos, los periódicos no se publicaron y las calles quedaron desiertas. La gravedad de la situación obligó a las instituciones a intervenir con diversas propuestas de mediación. Desde el Ayuntamiento se designaron comisiones tripartitas de autoridades locales, patronal y representantes de las sociedades para buscar soluciones. Los representantes obreros que aceptaron la posibilidad de negociación no hallaron en la asamblea societaria, dividida como estaba, una propuesta única para defender las sucesivas comisiones. Olavarría en las reuniones, como presidente de la patronal de armadores, dejó claro que no cedería en las ocho horas ni en las plantillas de asociados que pretendía hacer valer "La Cantábrica" a la hora del reparto del trabajo en los muelles. Una a una las comisiones fueron abandonando sin acuerdos mientras que la firmeza de "La Cantábrica" en la postura de huelga se debilitaba ante las presiones de otras sociedades dispuestas a volver al trabajo ante el sesgo que había tomado el conflicto. El cierre patronal había dejado sin jornales a varios miles de familias obreras para quienes la huelga había perdido el carácter inicial y, en consecuencia, agotados todos los fondos de resistencia, preferían antes que el hambre la vuelta al trabajo.

Cuando los huelguistas anunciaron la vuelta al trabajo, la patronal cerró filas y aprovechó la situación al máximo: las empresas reanudaron sus actividades habituales, las fábricas abrieron sus puertas con las listas de "seleccionados" que obligaban a muchos a emigrar, se suprimieron todas las

jornadas de ocho horas en los oficios en que había estado vigente hasta la huelga, quedaron prohibidas las horas extraordinarias, los turnos y destajos y con un endurecimiento explícito de las normas de trabajo, todas las empresas hicieron constar sus intenciones de recuperar los niveles de producción perdida tras los dos meses de paro anunciando que cualquier amenaza de huelga en lo sucesivo tendría como respuesta el despido en masa¹⁹.

El fracaso de la huelga era el fracaso de un tipo de acción cuyas consecuencias resultaron decisivas para la organización societaria. El radicalismo de la huelga se había manifestado poco eficaz a pesar de haberse basado en la experiencia práctica anterior con lo que, en último extremo, ponía en cuestión los fundamentos de aquel tipo de acción colectiva. Pero ¿cuáles habían sido las causas del fracaso?. Para Leopoldo Alas, "Clarín", republicano posibilista que como institucionista había sido designado mediador en las últimas fases de negociación del conflicto, las claves del radicalismo estaban en la labor de agitación que profesionales como Federico Urales, a quien "Clarín" hacía directamente responsable de aquel clima que había llevado la ruina a los «honrados y de natural pacíficos» obreros de Gijón²⁰. El fantasma de la intoxicación anarquista, la idea de un cambio trascendental en las actitudes de los obreros de Gijón víctimas de una oleada de propaganda revolucionaria venida del exterior no era exclusiva de "Clarín" sino la de, prácticamente, todas las fuerzas políticas asturianas, incluso, de los conservadores que hasta entonces no se había manifestado sobre la suerte de quienes ahora, sin embargo, se compadecían, muy conmovidos por los perjuicios que la huelga había causado a los intereses generales de la región. Para los socialistas, sin embargo, la explicación no era tan simple. Los armadores había rehusado la conciliación desde el primer momento conscientes de su fuerza aunque algunos de sus representantes, especialmente su presidente Olavarría, se hubiese apresurado a aparecer ante la opinión pública, avalado por su juventud, como un hombre progresista e interesado en los problemas sociales y del trabajo y decidido partidario de la negociación y el diálogo. Sólo cuando los armadores se encontraron con un fuerza mayor de la que esperaban en los huelguistas decidieron que el conflicto era una cuestión de radicalización y revolucionarismo propia de los anarquistas empeñados en el huelga general presentándolo así a la opinión pública para justificar su propia postura y poner fin a los entusiasmos societarios que no dejaban de ser un obstáculo a sus intereses; lo de-

19 Sobre la huelga general véase *El Noroeste*. Gijón, 3, 6, 17, 19 y 31-I-1901 y 6-III-1901. Véase A. BARRIO ALONSO, *ob. cit.* págs. 42-49.

20 *Suplemento a la Revista Blanca*. Madrid, 9 y 11-II-1901.

más, incluido el final de la huelga era, en cierto modo, consecuencia de lo anterior puesto que, a pesar de no haber estado en ningún momento de acuerdo con la declaración de huelga general, los socialistas vieron en la frustración de los últimos huelguistas los efectos de las provocaciones de Olavarría, como representante formal de los armadores que, en cierto modo, habían allanado el terreno para que los anarquistas llevaran, sin demasiada dificultad, a las sociedades y, especialmente, a "La Cantábrica" en la que controlaban las decisiones, a su terreno²¹.

Pero el conflicto interno de las sociedades no era un epifenómeno más del fracaso previsible en una huelga de tales características. En la de 1901, como en otras que tuvieron lugar años después, la falta de unanimidad en los objetivos de los huelguistas marcó las últimas y más problemáticas fases de la huelga, las de la negociación. En 1901, como en ocasiones sucesivas de conflictos más largos y con manifestaciones más violentas, después de las posiciones de fuerza los huelguistas se vieron obligados a negociar y los representantes obreros en las negociaciones vieron cómo una y otra vez, se escapaba de las manos el control de sus propuestas porque la negociación aunque no suponía una rendición para los huelguistas pasaba por la transacción patronal e institucional que reducía las expectativas obreras de victoria inicial a una simple retirada honrosa. La consideración de que la única salida estratégica era aceptar algunos puntos que aún ofertaban los armadores al no ser aceptada mayoritariamente terminó por bloquear los trabajos de los representantes obreros. La ausencia de unanimidad en las decisiones de la asamblea societaria en la huelga de 1901 sólo ponía de manifiesto que desde las posiciones más cautelosas hasta las más radicales no había más criterio que la propia capacidad de riesgo y de resistencia de los huelguistas que no eran las mismas para todos y no todos estaban dispuestos a arriesgar su empleo y los de su familia cuando la negociación no permitía estrategias complicadas de presión, tras haber agotado las vías del paro sostenido. El resultado fue una derrota en toda regla de las sociedades que prácticamente desaparecieron.

Las circunstancias en 1901 no eran las mismas que en 1872 cuando todos los obreros de Gijón se habían puesto en huelga para exigir subidas de salario²². La acción colectiva espontánea que había sido el estímulo principal de aquel y de otros muchos movimientos de presión con los que se había lo-

21 Véase *El Noroeste*, Gijón, 19-I-1901.

22 Sobre la primera huelga general de Gijón véase F. GARCIA ARENAL, *Datos para el estudio de la cuestión social (Información hecha en el Ateneo Casino Obrero de Gijón)*. Instituto de Reformas Sociales. Gijón, 1885 (hay edición de 1980 con prólogo de R.M. Alvargonzález).

grado, igualmente, subidas de jornales, jornadas de ocho horas, negociaciones con los representantes municipales, mantenimiento de plantillas en determinados talleres, etc., se había agotado en sí misma. A situaciones diferentes habían de corresponder estrategias distintas. Para los partidarios de la negociación la experiencia tuvo que ser suficientemente ejemplarizadora aunque no fue así para quienes la organización representaba una vía combativa de movilización permanente. La declaración de huelga general a partir de un conflicto localizado en el puerto, tal como sucedió en 1901, se repetiría casi cíclicamente en Gijón durante los primeros treinta años de este siglo ya que la paralización del puerto era la llave para otras presiones en sectores directamente vinculados al tráfico comercial como los astilleros o la metalurgia. Pero las circunstancias ya no fueron las mismas: a partir de 1910 se abrió una nueva etapa muy distinta de la anterior en planteamientos y en resultados en la que el sindicalismo abandonó progresivamente sus vestigios gremiales y su viejo carácter localista a pesar de que el marco del conflicto seguía siendo el ámbito de una comunidad en la que actores e intereses no habían variado sustancialmente.

5. Del radicalismo societario a la acción social revolucionaria del anarquismo

Los anarquistas de Gijón, para quienes el fracaso de 1901 no había supuesto un retroceso en sus actividades, fuera de la escena societaria, se habían volcado en la propaganda y abiertos a las nuevas corrientes del sindicalismo cuyos planteamientos y tácticas habían conocido a través de los textos de los teóricos franceses e italianos, habían reforzado sus relaciones con otras organizaciones de orientación similar y ya en 1910, cuando se creaba la CNT, se habían hecho con el liderazgo de la organización obrera, ampliando la esfera de influencia que habían ejercido algunos miembros de la "primera generación", como Rogelio Fernández, presidente de la sociedad de zapateros, que había hecho de la trastienda de su taller un auténtico centro libertario en donde muchos jóvenes de una "segunda generación" habían tomado contacto con las ideas y las prácticas del anarquismo.

En ese proceso de apertura al exterior habían estado, en primer lugar, las delegaciones de Gijón a los Congresos que la Federación Regional Española de Sociedades de Resistencia celebró en Madrid en 1900 y 1901, respectivamente, y después el interés por los debates sobre la huelga general en los Congresos que la CGT francesa celebró durante estos años, por los principios

teóricos de la Carta de Amiens de 1906 y toda la información que traían algunos emigrados que habían estrechado sus contactos con otros núcleos anarquistas de dentro y fuera del país. El ingreso en esos años en la militancia activa de algunos jóvenes anarquistas, una "segunda generación", que se había iniciado en la propaganda del sindicalismo revolucionario pero, a la vez, influidos por el contacto con Ricardo Mella, que entre 1901 y 1909 trabajó en Gijón como topógrafo del ferrocarril de Langreo, significó la adopción de los principios teóricos del anarquismo que representaba el pensamiento de Mella para quien sindicalismo y anarquismo eran parte de un todo en el cual el sindicalismo tenía como bases teóricas y como filosofía al anarquismo.

Esta segunda generación vivió el proceso de transformación de las viejas sociedades de oficio como una época de crisis orgánica agravada progresivamente por una serie de conflictos y de huelgas, pero a la vez de extraordinaria fecundidad en otros aspectos intrínsecos a su militancia desarrollados en la comunidad obrera. La reanimación del espíritu societario tenía objetivos más ambiciosos: el tipo de organización que ahora se proponía había perdido buena parte del carácter localista y corporativo de las viejas sociedades; el sindicato, que sin dejar de lado aspectos puramente defensivos, reclamaba la función revolucionaria que la Internacional había trazado muchos años antes como objetivo universal, sustituía de forma definitiva a las sociedades corporativas de oficios y la huelga general, aparecía tratada más cautelosamente en sus aspectos concretos de táctica. Su contenido revolucionario quedaba reservado a un profundo valor simbólico universal que, efectivamente, sólo tenía en la teoría.

La divulgación del sindicalismo revolucionario fue un fenómeno que desbordó el ámbito de las organizaciones obreras adquiriendo por distintos motivos una resonancia extraordinaria en todos los medios sociales. Las nuevas teorías de la acción revolucionaria de los sindicatos y la puesta en práctica de las tácticas del boicot -boycottage, en la propaganda de la época-, del label, del sabotage, etc., aunque la trayectoria del sindicalismo en España no era comparable a la de otros países de Europa como Francia, Alemania o Gran Bretaña, ni menos aún a la de los sindicatos en América, alcanzaron un éxito notable entre los trabajadores y los temores de los patronos y de las instituciones por frenar su avance revolucionario aparecen justificados en una literatura tan abundante en el tratamiento enfático de su utilidad para la emancipación del trabajador como en la denuncia de los peligros inminentes para el orden social que podría suponer una rápida extensión de sus prácticas en España²³.

23 Véase la literatura de corte social editada por el Instituto de Reformas Sociales, la Academia de Ciencias Políticas y Morales o por la Acción Social Popular.

La atención que dedicaban los obreros de Gijón a los triunfos de los sindicatos belgas, franceses o alemanes y al seguimiento de las Bolsas de Trabajo que Pelloutier había contribuido a desarrollar en Francia eran los primeros resultados del esfuerzo de los líderes anarquistas en la divulgación de textos del sindicalismo en toda la prensa obrera y ponía de manifiesto que su interés ya no estaba en la captación por el discurso mitinesco sino en la formación de una verdadera conciencia obrera. En pos de ese objetivo desarrollaron un elemento capital: la propaganda, reconocida en su papel trascendental de educación revolucionaria, quedó libre poco a poco del carácter exclusivamente mitinesco que había tenido hasta entonces, y la incorporaron a la letra impresa con un tono más elevado que revelaba una mayor preparación en los miembros de las redacciones de los periódicos que en esos años se editaron: *Solidaridad Obrera* de Gijón, que en 1909 salía al público como sustituto de su homónimo de Barcelona suspendido a raíz de la Semana Trágica, de *Acción Libertaria* que apareció en 1910 o de *El Libertario* que lo hizo, algo después, en 1912. De una actividad propagandística cuyo objetivo era la captación de conciencias que ensancharan la base de la organización se había pasado al análisis y al debate, de un modo que Mella resumía como un deber ser «no imaginativos, no jacobinos trasplantados a nuestro campo, sino hombres de reflexión y de estudio que vayan directa y firmemente a su camino... ni obcecados, ni timoratos...»²⁴. Para ello fue necesario que la organización dejara de ser un fin en sí misma y que, no ya como necesidad, sino como realidad irrenunciable, pese a las crisis asociativas, cediera importancia a ciertas cuestiones teóricas para satisfacer los objetivos educadores del anarquismo. Los jóvenes anarquistas de la segunda generación cumplieron un papel decisivo en este sentido porque, hondamente comprometidos con la organización y la militancia activa, no desestimaron el valor de las ideas en las que muchos trabajadores identificaron unas prácticas sindicales incisivas. La identificación de unas determinadas formas de actividad con una ética anarquista, la que encarnaban, precisamente, los líderes de la organización sindical incipiente, se producía en una comunidad que, aunque cambiante aun no había perdido todos sus referentes anteriores. Los socialistas, una vez más, quedaban al margen de toda influencia sobre el proceso y si en Gijón hubo durante esos años una cultura obrera fue, sin duda, de orientación libertaria.

Pedro Sierra, José María Martínez y Eleuterio Quintanilla fueron los representantes más destacados de la "segunda generación", su liderazgo se gestó

²⁴ *Acción Libertaria*. Gijón, 27-I-1911 en un artículo titulado "Revolucionarios, sí; voceros de la revolución, no".

Cultura del trabajo y organización obrera en Gijón en el cambio de siglo

en una actividad multiplicada en diversos frentes: la militancia sindical que les colocó, como a sus correligionarios, en primera línea de fuego en una serie de huelgas relativamente violentas que se produjeron en Gijón en esos años y que les supuso procesos, detenciones y apaleamientos; la propaganda oral o escrita a través de mitines, conferencias y artículos de prensa pero, también, muy especialmente con la participación en toda la vida política, social y cultural de la comunidad. Sus postulados eran los mismos que los de Ricardo Mella: ante los cambios producidos en la sociedad del siglo XX, se imponían nuevas estrategias porque los principios de la vieja Internacional había quedado caducos por el uso rutinario y la acción sindical desarrollada en algunos países de Europa y en América estaba corriendo el peligro de caer en el reformismo. Era necesario ir directos a la acción social como alternativa a la acción política y a la desgastada acción societaria tal y como desarrolló Quintanilla en muchos de sus escritos, aunque de una manera más explícita en su polémico opúsculo *La Tesis Sindicalista*²⁵. Quintanilla, como Sierra y Martínez, fue por familia y por tradición obrero manual -su padre fue conserje del mercado de hortalizas y su madre cigarrera- y su trayectoria la habitual en los hijos de los menestrales de Gijón: a los trece años entró a trabajar como aprendiz en la fábrica de chocolates del federal Herminio Fernández quien no dejó de estimularle a continuar sus estudios. Quintanilla con el tiempo llegó a ser profesor de francés del Ateneo Obrero y de la Escuela Neutra de Gijón. Federales y reformistas fueron además de sus amigos personales, sus amigos políticos -Quintanilla fue miembro de la Logia Jovellanos de Gijón de la que también era miembro Melquiades Alvarez²⁶- y aunque siempre fue a los ojos de los conservadores un agitador, su presencia en la vida política de Gijón fue constante. De los tres, él fue el más teórico y de discurso más intelectualizante y el que logró mantener un liderazgo indiscutible a través de sucesivas generaciones, pese a etapas de retiro voluntario de la militancia activa, porque su baza era el de un prestigio moral que sólo podía ser reconocido en una comunidad pequeña con una organización obrera reducida y muy localizada cuyas relaciones estaban marcadas por las afinidades más que políticas, personales.

25 Véase *La Tesis Sindicalista*. Vida y Trabajo. Madrid. s.f (el texto fue publicado en artículos sueltos por el periódico *Renovación* de Gijón en 1916).

26 Quintanilla ingresó en la Logia Jovellanos en julio de 1917 con el nombre simbólico del "Floreal" (véase Archivo Histórico Nacional de Salamanca. Sección masonería. Lista de Miembros de la Logia Jovellanos de Gijón, 1926).

6. A modo de conclusión

La fisonomía de Gijón a finales del XIX estaba caracterizada ya por una población obrera asentada en los barrios tradicionales de artesanos y menestrales, en las zonas de expansión en lugares próximos a las fábricas o en el centro mismo de la ciudad en las habitaciones típicamente obreras de las ciudades o en las casas burguesas²⁷. A este proletariado urbano variopinto se sumaban los obreros y obreras que a diario hacían a pie el trayecto desde su aldea a la fábrica, taller o almacén para regresar al final de la jornada laboral. No había en Gijón grandes concentraciones de obreros inmigrados, como en las minas vizcaínas, segregados o aislados de la comunidad. Al contrario, la población obrera vivía fundida en el ritmo habitual de la ciudad como elemento distintivo²⁸.

Pero, con todo, el Gijón decimonónico de los años 80 y 90 no era el mismo que el de los años 20. Los cambios experimentados a lo largo de la segunda mitad del XIX se aceleraron en los primeros años del XX con la ruptura definitiva de los viejos vínculos de la sociedad tradicional a impulsos de las nuevas realidades económicas -la apertura al tráfico del nuevo puerto de El Musel en 1907 resulta por sí solo significativo de los cambios y las transformaciones de una ciudad que tenía en esas actividades el eje de su desarrollo y fueron desapareciendo progresivamente los vestigios de actividades y comportamientos sociales propios del XIX sustituidos por los de una sociedad más moderna. En este proceso se inscribieron las nuevas formas de organización obrera y patronal y el desenvolvimiento de una acción asociativa más ideologizada y menos espontánea que la del societarismo de oficio, típicamente gremial, de finales del XIX.

Sobre si anarquistas y socialistas conocieron y utilizaron acertada o erróneamente las claves de esa realidad social como para beneficiarse de ella dirigiendo el proceso de ideologización de una población obrera en evolución, barajando a modo de hipótesis el tipo de estructura industrial de Gijón para tratar de establecer relaciones causa efecto entre la implantación del socialismo en las cuencas mineras y la expansión del anarcosindicalismo en Gijón y en La Felguera, las conflictivas relaciones obrero-patronales tanto en Gijón como en La Felguera -donde la empresa Duro y Cía, más tarde Duro-Felguera era mayoritaria- ya que aventura la posibilidad de una radicalización progresiva en beneficio de las tácticas propuestas por los anarcosindicalistas o la idiosin-

27 Véase R.M. ALVARGONZALEZ, *Gijón. Industrialización y crecimiento urbano*. Salinas, 1977.

28 El Informe de García Arenal es ilustrativo de esa realidad: véase F. GARCIA ARENAL, *ob. cit.*

crasia de los trabajadores de uno y otro lugar porque permite aproximar la capacidad de liderazgo de los anarquistas... no es explicar la realidad, sino en último extremo, describirla. La estructura industrial de Gijón permitió la pervivencia de la cultura del oficio frente a la del peonaje (la lucha de los cargadores y estibadores de los muelles para hacer valer sus tarifas en razón de su destreza es bien representativa) o lo que es lo mismo la especialización como criterio para la organización y la defensa del oficio hasta los años en que las viejas sociedades se convierten en sindicatos y se autodenominan como tales, lo que contrasta con la integración militante en una unidad orgánica como la de la minería, controlada por los socialistas, y cuyo máximo exponente es el Sindicato Minero. La política patronal en la minería fue sustancialmente diferente de la de Gijón (y de la sostenida tradicionalmente por la empresa Duro de la Felguera) y ello es indisociable de la política del Sindicato Minero y las de los sindicatos de Gijón y La Felguera. El liderazgo de los anarquistas de la primera generación, y de los anarcosindicalistas a partir de 1910, se produjo en este contexto de especificidades y si la primera generación, que apenas eran media docena, ejerció un cierto magisterio y preparó el ambiente para que la segunda generación lo consolidara definitivamente, no podemos pensar sino en una identificación entre quienes ejercieron el liderazgo y quienes lo recibieron.

Las claves de esa relación mutuamente activa están en los fundamentos del tipo de sociedad, con sus valores, sus símbolos y sus identidades y que es el agente de todo el proceso desde que se articulan las primeras formas de asociación a finales del siglo pasado hasta que se consolidan como realidades organizativas propias los sindicatos a lo largo del primer tercio del siglo actual.